

Broch, omnipresente e invisible

La escasa difusión en español de las obras del autor vienés contrasta con su persistente influencia en la literatura y el pensamiento posmodernos

POR NORA CATELLI

De los maestros de la cultura europea-judía-vienes del siglo XX, Hermann Broch (Viena, 1886-New Haven, 1951) es, quizá, el más inaprensible. Primero, por lo sinuoso de su circulación. Es imposible aquí reconstruir el devenir de su recepción literaria en castellano, primero en Argentina y después en España. Sólo un ejemplo: en 1946, en Buenos Aires, se publicó, en la editorial Santiago Rueda, su recién aparecida novela —o poema en prosa o meditación— *La muerte de Virgilio*. Lo mismo sucedió con el primer volumen de la trilogía *Los sonámbulos*, en traducción —ambas obras— de Aristides Gregori.

En segundo lugar, Broch posee otra vertiente, la crítica e histórica, que nos asalta aún hoy con una capacidad estimulante y revulsiva que pocos pensadores de aquella época mantienen. Por eso la vigencia de la compilación que hiciera Hannah Arendt de los escritos de Broch en *Poesía e investigación* (Barral, 1974, en traducción de Ramón Ibero). No fue esa la única contribución de Arendt a la itinerante vida de su amigo: baste recordar las páginas a él dedicadas en *Hombres en tiempos de oscuridad*.

Poesía e investigación aloja estudios notoriamente influyentes tanto en la segunda mitad del siglo XX como en los inicios del siglo XXI. Uno de los más conocidos es *Kitsch y arte de tendencia* (1933), ensayo que, tras *Der Kitsch. Eine Studie über die Entartung* (1925), de Fritz Karpfen, inauguró el escrutinio de ese concepto. En los debates posteriores sobre la relación entre arte elevado y cultura de masas, *midcult*, *camp* y posmodernismo, encontraremos a Broch, muchas veces matizado o discutido, aunque siempre evocado: en Clement Greenberg, Dwight Macdonald, Umberto Eco, Abraham Moles, Milan Kundera, Susan Sontag, Klaus Thewleit y, quizá, en Andreas Huyssen. Suele afirmarse que lo *kitsch*, desde una visión elitista de la relación entre arte elevado y arte de masas, es en Broch lo totalmente rechazable: el mal. No obstante, el mal no está fuera. Él muestra que, en la modernidad, el arte que aspira a la autonomía totalizante —a la Wagner— incluye en su propia concepción el rasgo *kitsch* del que se quiere huir.

“Sus escritos aparecen evocados muchas veces en los debates sobre la relación entre arte elevado y cultura de masas”



Hermann Broch, retratado alrededor de 1935. IMAGNO (GETTY IMAGES)

Hay un tercer Broch que oblicuamente inaugura linajes. Es el que comparte una idea que desarrolló hacia 1966 T. W. Adorno a partir del último Beethoven y popularizó Edward Said en *Sobre el estilo tardío*, música y literatura a contracorriente. Broch no había hablado de estilo tardío, sino de “estilo de la vejez”, aunque es evidente que su posición era similar: en la vejez o en lo tardío hay un efecto de desapego creador con respecto a la servidumbre de la novedad; la serena impersonalidad de lo convencional retorna, despreocupándose de lo expresivo y de lo individual.

El texto de Broch, escrito entre 1942 y 1948, es breve y oscuro, y se publicó en castellano como posfacio a *De la Iliada*, de Rachel Bepaloff (Minúscula, 2009). Broch se ocupa del final del ensayo de Bepaloff en el que ella sostiene que no se puede hablar de un mundo homérico o tolstoiiano como se habla de uno dantesco o balzaciano porque el universo de Homero y de Tolstói es el nuestro. No entramos en él, dice Bepaloff, pues ya estamos en él. De esta fusión ciertamente intemporal Broch extrae la intuición que anticipa a Adorno y a Said: “Qué extraño desarrollo el de la expresión humana, puesto que, aparentemente, retorna a su fuente mítica. ¿No parece un retorno tardío? Y si lo es, ¿no presagia el crepúsculo que antecede a la noche? ¿No es la curva que se remonta a la infancia? Sin duda, el mito abarca cualidades

de ambos periodos: el de la infancia (casi idéntico al del hombre primitivo) y el de la vejez, y estos dos estilos expresan lo esencial y nada más que lo esencial, el uno antes de que haya entrado en el reino de los problemas subjetivos, el otro cuando haya dejado atrás ese reino”. “Dejar atrás el reino de lo subjetivo”, dice Broch, en la vejez —que es un estado, no una edad— es alcanzar la convención después de haber entrado en ella y haberla desbaratado a través de la originalidad.

El cuarto Broch, quien se psicoanalizó varias veces, es deslumbrante. Propone una disciplina autobiográfica en tres piezas que se publicaron póstumamente: *Autobiografía como programa de trabajo* (1941), *Autobiografía psíquica* (1942), *Apéndice a mi autobiografía psíquica* (1943). Una sola frase, en la traducción de Miguel Sáenz, resume el proyecto: “Esto es sólo una autobiografía en la medida en que en ella se cuenta la historia de un problema que casualmente tiene mi misma edad: el fenómeno de ese gigantesco maquiavelismo que se viene preparando intelectualmente desde hace 50 años y cuyas consecuencias apocalípticas vivimos hoy en realidad”. Broch puso su memoria al servicio de la historia; nosotros parecemos deshacer la historia al someterla a la exploración autobiográfica.

NARRATIVA

Encuentro con lo infinito

POR CECILIA DREYMÜLLER

Sólo la indigencia intelectual de nuestra época puede explicar que Hermann Broch siga siendo aún hoy en día el más desconocido de entre los grandes escritores-pensadores del siglo pasado —Kafka, Joyce, Musil o Beckett—. Pues debemos al ímpetu de Broch por hacer de la literatura un instrumento de conocimiento, tan agudo como las ciencias o la filosofía, el habernos dejado novelas que pertenecen a lo más profundo y trascendente de la literatura universal. Toda su escritura, sea narrativa, dramática o ensayística, ronda el misterio de la vida sobre la experiencia de lo infinito dentro de lo finito de la existencia, y sobre el conocimiento irracional —del arte, de los sentimientos— que siempre está por encima del conocimiento racional.

En *El valor desconocido* encontramos esta última problemática plasmada en su forma más pura. Un tremendamente serio genio de las matemáticas, en el que Broch ha metido no pocos rasgos de sí mismo, ha puesto su vida al servicio del conocimiento científico. En realidad, sin embargo, el joven Richard Hieck está buscando refugio en las “cosas maravillosamente unívocas” de los números, porque “constituyen una especie de isla de la decadencia” que le permiten hacer frente a su miedo ante los aspectos no racionalizables de su vida. Con una buena dosis de humor irónico y una pasmosa penetración psicológica describe Broch las clásicas angustias del científico enajenado, de las que le rescatan finalmente su asistente, Ilse Nydhalim... y el contacto con la muerte. Porque sólo en el encuentro con las últimas cosas —en la morgue, ante el cuerpo inerte de su hermano pequeño— se le revela a Hieck su verdadera tarea.

La palabra de Hannah Arendt sobre Broch como “escritor en contra de su propia voluntad” se confirma de lleno en esta breve novela, escrita en pocas semanas en 1933, de la que renegaba su autor hasta el punto de prohibir su futura reedición. Injustificadamente, como se comprobó, también gracias a la excelente traducción de Isabel García Adánez.

El valor desconocido, el único éxito de público de Hermann Broch en vida, no sólo contiene una sólida reflexión sobre la ética del científico (y del escritor), sino además un muy contenido y hermoso canto a la fuerza integradora del amor.

El valor desconocido

Hermann Broch
Traducción de Isabel García Adánez
Sexto Piso, 2020
164 páginas, 17,90 euros